

La gozosa angustia de Santa Teresa de Calcuta

Gastón Lorenzo^{1*}

A partir de la publicación de las cartas privadas de Santa Teresa de Calcuta se dio a conocer el mundo interior de esta humilde religiosa cuya figura, por cierto, trasciende las coordenadas geográficas y temporales de su existencia. El gran trabajo realizado por el Padre Brian Kolodiejchuk, en *Come be my Light*,² abrió las puertas para contemplar la profundidad espiritual de una mujer que vivió ochenta y siete años (1910-1997), y que desarrolló la mayor parte de su labor misericordiosa en los suburbios de Calcuta. Hasta entonces reconocida como la santa de los pobres, cuya obra se extiende a lo largo de los cinco continentes gracias a la Congregación de las Misioneras de la Caridad fundada por ella, la recopilación y divulgación de su correspondencia íntima sorprendió a más de uno, pues dejó ver la gozosa angustia que acompañó a Madre Teresa luego de la experiencia mística vivida desde 1946, cuatro años antes de dar inicio a las Misioneras de la Caridad.

En efecto, el Padre Brian —que como postulador de la causa de canonización de la Santa de Calcuta pudo acceder a los escritos de la consagrada— hace público aquello que silenciosamente guardó Madre Teresa en su corazón: la oscuridad vivida aproximadamente 50 años. Una noche luminosa que Dios permitió como parte de la llamada que hizo a la religiosa para que sea Su Luz en los agujeros más oscuros de la humanidad. De esa manera, la angustia no solo es vacío y dolor. Iluminada por Dios es presencia y gozo. La vida de Santa Teresa de Calcuta así lo demuestra.

La llamada dentro de la llamada

Bautizada por sus padres al día siguiente de su nacimiento, Gonxha Bojaxhiu, a los 18 años, pide el ingreso en las Hermanas de Loreto, rama irlandesa del

^{1*} Sacerdote de Buenos Aires. Doctor en Teología (UCA). Párroco de Ntra. Sra. del Pilar (Buenos Aires).

² B. KOLODIJCHUK, *Come be my Light*, New York, Doubleday, 2007.

Instituto de la Bienaventurada Virgen María. Allí adopta como nombre de religiosa Teresa en honor a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Dócil al Espíritu Santo, en mayo de 1931 realiza sus primeros votos —que profesará de manera perpetua en 1937— desplegando como religiosa su carisma de enseñanza. No obstante encontrarse plenamente feliz en su respuesta a la llamada divina en las Hermanas de Loreto, el Señor la sorprenderá con una nueva invitación, una segunda llamada, el 10 de septiembre de 1946, en aquel viaje en tren a Darjeeling para realizar sus ejercicios espirituales, descansar y recuperarse física y espiritualmente.

Desde aquel día, y hasta mediados de 1947, Madre Teresa fue invadida por un resplandor divino acompañado por locuciones interiores imaginativas y visiones sobrenaturales del mismo tenor. Las divinas revelaciones no solo confirmaban su vocación sponsal con el Señor, sino que la animaban a algo nuevo: fundar una congregación religiosa cuyo objetivo sea saciar la sed de Jesús de amor y de almas, consagrándose al servicio de los pobres más pobres, siendo la Luz del amor de Dios en medio de una gran muchedumbre cubierta de oscuridad. Así, el 7 de octubre de 1950 en la pequeña capilla situada en Creek Lane, número 14, el arzobispo Périer, con la debida aprobación de la Santa Sede, autoriza a la Madre Teresa y a sus primeras once compañeras, a formar la congregación religiosa. Nacen las Misioneras de la Caridad, en respuesta a la llamada de Dios. Casi simultáneamente a ese trascendental acontecimiento, la Santa de Calcuta se sumerge en una prolongada noche oscura, don divino por medio del cual Madre Teresa echó raíces en el misterio del amor de Dios uniendo su vida al árbol de la Cruz y saciando así la sed infinita del Verbo hecho carne para nuestra salvación.

Presencia y gozo

Con el comienzo de su nueva misión entre los pobres de Calcuta, cayó entonces sobre Madre Teresa una angustiosa oscuridad que encendió un anhelo ardiente de que se hiciera presente el que aparecía ausente:

“Anhelo —con dolor ser toda para Dios —ser santa de tal modo que Jesús pueda vivir plenamente su vida en mí. Cuanto más le quiero —menos me

quiere. —Quiero amarle como nunca ha sido amado —y sin embargo hay esa separación —ese terrible vacío, ese sentimiento de ausencia de Dios”³.

Esa ausencia, no obstante, no impide que continúe implorando y deseando cumplir la misión encomendada: saciar la sed del Dios-hombre, es decir, compartir el *sitio* de Jesús en la Cruz. Esa es la súplica que le dirige al arzobispo Périet:

“Por favor, rece por mí para que Dios quiera levantar estas tinieblas de mi alma sólo durante unos días. Pues a veces la agonía de la desolación es tan grande y al mismo tiempo el anhelo por el «Ausente» tan profundo, que la única oración que aún puedo decir es —Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío —saciaré tu sed de almas”⁴.

En este sentido, la experiencia de la Madre Teresa es la misma que la de los grandes místicos. Un aparente abandono de Dios que es, a la vez, presencia honda y fecunda:

“Hay tanta contradicción en mi alma. —Un deseo tan profundo de Dios —tan profundo que es doloroso— un sufrimiento continuo —y sin embargo no soy querida por Dios —rechazada —vacía —ni fe —ni amor —ni fervor. Las almas no me atraen —el cielo no significa nada —me parece un lugar vacío —la idea del cielo no significa nada para mí y sin embargo este atormentador anhelo de Dios”⁵.

A pesar de la angustia, no desespera. Permanece fiel, respondiendo con gozo a la llamada divina de ser un instrumento dócil en sus manos. Así lo pide:

“Rece por mí por favor para que continúe sonriéndole a pesar de todo. Pues soy sólo suya —de modo que Él tiene todo derecho sobre mí. Soy perfectamente feliz de no ser nadie ni siquiera para Dios”⁶.

³ SANTA TERESA DE CALCUTA, *Carta al arzobispo Périet*, 8 de Febrero de 1956. Puede que los guiones llamen la atención del lector, pero así escribía Madre Teresa.

⁴ *Carta al arzobispo Périet*, 27 de marzo de 1956.

⁵ *Carta al arzobispo Périet*, 28 de Febrero de 1957.

⁶ *Ibíd.*, 170.

Verdaderamente, esta instrumentalidad salvífica —tanto de Madre Teresa como de las Misioneras de la Caridad— es un profundo anhelo, al punto que ella llega a exclamar sobre la misma congregación religiosa:

“La convicción de que es totalmente suya me mantiene en el espíritu y el sentimiento de que soy su pequeño instrumento —su pequeña nada. Que es Él y no yo quien trabaja”⁷.

Con lo cual, la magnanimidad de santa Teresa de Calcuta no está solamente en guardar silenciosamente su ofrenda para ser vista solamente por Dios, sino también en permanecer luminosa a pesar de la oscuridad. Y esto no significa desprecio de sí mismo, sino amor incondicional: abandonarse aunque tuviese que pasar por el abandono, es decir, confiar ciegamente en la presencia del Amor que no se deja ver, sobre todo, en una noche que se prolonga largo tiempo, a excepción de algún intervalo.⁸ Efectivamente, más allá de julio de 1958 y a raíz de la pregunta de la misma Madre Teresa a Jesús en su oración sobre si Él estaba contento con su obra, la oscuridad de aquél túnel místico la acompañó hasta el final de sus días. Es la noche oscura del espíritu donde,

“somos abandonados de tal forma que ya no tenemos conocimiento de Dios y caemos en tal angustia que ya no sabemos si hemos estado en el camino justo, ni sabemos ya si Dios existe o no, o si nosotros mismos estamos vivos o muertos. De suerte que sobre nosotros cae un dolor tan extraño que nos parece que todo el mundo en su extensión nos oprime. Ya no tenemos ninguna experiencia ni conocimiento de Dios, e incluso todo lo demás nos parece repugnante, de forma que nos parece estar prisioneros entre dos muros”⁹.

Mientras el mundo interior de Madre Teresa se sumergía en esa profunda oscuridad, el mundo exterior a ella percibía una pequeña mujer llena de gozo que con grandeza de espíritu se dirigía a los más abandonados, a los menos

⁷ *Carta al arzobispo Périer*, 28 de Febrero de 1957.

⁸ Cf. *Carta al arzobispo Périer*, 15 de Julio de 1958: “Hoy mi alma está llena de amor, con una alegría indecible —con una unión de amor inquebrantable o intacto. Por favor dé las gracias a Dios conmigo y por mí”.

⁹ JUAN TAULERO, *Homilía* 40, en: G. HOFMANN, *Johannes Tauler. Predigten*, Friburgo, Br., 1961, 305.

deseados, a los agujeros más oscuros de la humanidad para ser la Luz de Jesús y saciar así la sed del Dios hecho hombre.

De esa manera, Dios mantenía en humildad a aquella que debía destellar su Luz en un mundo contemporáneo que quiere brillar con luz propia, olvidando que, sin el amor de Dios, el amor humano se deshumaniza. Porque Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, es el único capaz de saciar la sed no sólo de Dios sino también del hombre. Por eso mismo, el gozo que irradiaba nuestra santa no era un maquillaje hipócrita. Más bien, era la actitud de quien refleja la profunda comunión con Dios y el beneplácito con su voluntad salvífica:

“si mi dolor y mi sufrimiento —mi oscuridad y mi separación te da una gota de consuelo —Jesús mío, haz conmigo lo que Tú desees [...] Imprime en mi alma y mi vida los sufrimientos de tu Corazón [...] Quiero saciar tu sed con cada gota de sangre que Tú puedas encontrar en mí [...] Por favor no te preocupes por volver pronto. —Estoy dispuesta a esperarte toda la eternidad”¹⁰.

No cabe duda que la purificación por la que pasó Madre Teresa fue parte de su vida mística. El alto grado de conformidad con el querer divino, alimentado por la humildad del esposo de su alma, hizo que Madre Teresa guardara en sumo secreto el padecimiento espiritual. El silencio que rodeó tan profundo misterio colaboró, como dijimos, para que todo se hiciera únicamente a mayor gloria de Dios. Así, sumergida en una gozosa angustia, nuestra santa se vería libre de toda tentación de vanagloria que le podía acechar debido al reconocimiento mundial que ella y su obra adquirirían rápidamente gracias a la influencia de los medios de comunicación contemporáneos. La purificación pues es parte de la pedagogía divina, de su presencia amorosa, “para que al abundar la gracia, abunde también el número de los que participan en la acción de gracias para gloria de Dios” (2 Co 4,15).

De este modo, la noche oscura de la santa de Calcuta responde a su vocación de ser, antes que otra cosa, la Luz de Jesús que viene a iluminar al hombre sumergido en las tinieblas del pecado. Una participación de la angustia del Redentor. Verdaderamente, es una verdadera Misionera de la Caridad. Dicho de otra manera, cumple la llamada divina a entregar su vida por amor a

¹⁰ SANTA TERESA DE CALCUTA, *Carta al padre Picachy*, 3 de septiembre de 1959.

Jesús y a sus hermanos más pequeños. Integra la lista de aquella estela de almas generosas que,

“en el dolor de la propia tribulación, no descuidan la conveniencia de los demás; y mientras soportan con paciencia las adversidades que les golpean, piensan en enseñar a los demás lo necesario, semejantes en ello a ciertos grandes médicos que, afectados ellos mismos, olvidan sus heridas para atender a los demás”¹¹.

En síntesis. El amor es lo único que puede mover al místico a pasar por la noche con la confianza de un niño. En esto, Santa Teresa de Calcuta sigue los pasos de su patrona, Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Ambas aprendieron la ciencia del amor, es decir, descubrieron, aun en medio de la angustia, la presencia y el gozo del Amado.

No negarle nada a Jesús

Como queda dicho, la gozosa angustia en Madre Teresa es sinónimo de amor a Jesús, de unión de corazones. De hecho, su búsqueda continua por querer pertenecer a Jesús completamente, por desear permanecer siempre unida a Él, fiel en el llamado a la vida religiosa, la inspiró a realizar en 1942 un voto privado que consistía en no negarle nada a Jesús:

“En 1942 —quise dar a Jesús algo sin reserva. —Con el permiso de mi confesor, hice un voto a Dios —ligándome bajo pecado mortal —de dar a Dios cualquier cosa que Él me pidiera —«No negarle nada». Durante estos diecisiete años he intentado ser fiel a ese voto —y ésta es la razón por la que quiero actuar enseguida. —Es cosa de su Excelencia impedírmelo —y cuando usted dice, «No», estoy segura de que mi voto está bien —ya que no niego a Dios mi sumisión [...] Sobre este punto, nunca ha habido una duda en mi alma —ya que siempre he puesto las duras pruebas espirituales ante usted y ante el Padre Van Exem y cada vez su «Sí» o «No» me ha satisfecho tanto como la voluntad de Dios”¹².

De esta manera, la irrupción del sobreabundante amor divino en el alma de nuestra santa no sucede sin su consentimiento, sin su libre aceptación de *no*

¹¹ SAN GREGORIO MAGNO, *Moralium*, I, 28, 40 (PL 75, 545).

¹² SANTA TERESA DE CALCUTA, 1 de septiembre de 1959, en: CBML, 34-35.

negarle nada a Jesús para padecer con gozo creyente¹³. La angustia en la que se ve sumergida no le es agradable sensiblemente. Sin duda forma parte un camino de purificación, que en el caso de Madre Teresa es además solidaridad —a semejanza de Cristo— con todos los que sufren. Pero, por encima de todo, la gozosa angustia en Santa Teresa de Calcuta es sino una señal particular de la alianza de amor que Dios quiere establecer con el hombre.

La alianza supone libertad. De parte de Dios en elegir, de parte del hombre en aceptar. Solo desde la luminosidad de un corazón libre se puede vivir el gozo, incluso cuando el gozo esté marcado por la oscuridad de la angustia. En Madre Teresa la gozosa angustia aparece como un signo, entre otros, para demostrar que podemos ubicar a la santa en el camino de los grandes místicos llamados a transitar la noche oscura del espíritu donde se contempla el misterio tremendo y fascinante.

Ciertamente, la noche oscura del espíritu es un don, porque es el tránsito que introduce al místico en la vía unitiva, según la tradicional exposición de san Juan de la Cruz. Como la purificación pasiva del sentido conlleva el ingreso en la vía iluminativa, así también la purificación pasiva del espíritu opera una transformación en el alma, que pasa a poseer una contemplación mayor del misterio de Dios que la habita, misterio unido a la Cruz¹⁴; una fe que, purificada como el oro en el crisol, transporta al santo a una plena confianza en Dios, lleno de celo y de caridad. Es una íntima comunión con el Amado: una gracia singular que supone la poda de la noche oscura para dar fruto abundante (cf. Jn 15,1), como lo testimonian numerosos santos¹⁵.

¹³ Cf. A. HUART, “Mother Teresa: Joy in the Night”, *RfR* 60, 5 (2001) 494-502.

¹⁴ Cf. H.U. VON BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1960, 95: “la auténtica noche mística, que no puede ser entendida cristianamente sino desde la Cruz: no en primer lugar como un fenómeno de «purificación» que de algún modo viniera a situarse al principio de un camino espiritual, sino ante todo como una gracia cristiana y por lo tanto social, que está administrada plenamente por Dios y que, por consiguiente, puede ser impuesta en toda etapa de la vida espiritual, si bien con la limitación de que sólo se concederá al que haya conocido la luz de Dios hasta lo hondo del alma, en fe, caridad y esperanza”.

¹⁵ Cf. SAN AGUSTÍN, *De quantitate animae*, 33 (PL 32, 1073-1077); SAN GREGORIO MAGNO, *Moralium*, I, 24 (PL, 75, 542); SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, I, 2; 7; 8; SANTA TERESA DE ÁVILA, *Moradas*, I; SANTA ÁNGELA DE FOLIGNO, *El Libro de la Vida*, 53-59.

La redención de la angustia

El oxímoron *gozosa angustia* que señalamos para describir la experiencia mística de Santa Teresa de Calcuta revela cómo la angustia es redimida por el amor. En efecto, Cristo redime la angustia por medio de su entrega amorosa en la cruz. He aquí el gozo profundo que el Hijo de Dios anhela compartir con los hombres: “para que mi gozo sea el de ustedes” (Jn 15,11). Así, la participación del hombre en la redención obrada por Cristo permite al mismo hombre encontrar el gozo de su propia entrega. Una entrega llena de la presencia de Dios. De hecho, Madre Teresa comprendió que, llamada a una íntima unión con Jesús, debía ser su Luz en los agujeros más oscuros de la humanidad y, al mismo tiempo, esa presencia del amado en su interior la capacitaría para contemplar la misteriosa presencia de Cristo sufriente en el disfraz de los pobres más pobres. Con razón, la voz de la llamada dentro de la llamada: *ven, sé mi Luz*.

De este modo, la angustia es redimida por el amor divino que, desde lo más alto de la cruz, posee luz suficiente para alumbrar toda oscuridad. El que se deja iluminar por este misterio encuentra el gozo que brota como de una fuente inagotable del costado abierto del crucificado.

Como era de esperar, saciada por el agua viva del redentor, aún sumergida en una indecible noche oscura, santa Teresa de Calcuta responde con prontitud al grito *tengo sed* del Dios-hombre, que se prolonga en tantos corazones que, como tierra reseca y sin agua, completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo y anhelan ardientemente el consuelo de, al menos, una gota de aquel gozo que sólo el amor de Dios puede brindar. Consciente de ser apenas *un lápiz en las manos de Dios*, la santa de Calcuta escribe una página en la historia de la santidad que vale la pena leer con atención: ¡la angustia del hombre tiene redención! El gozo resucita en cada creyente interiorizado de este misterio y puesto a disposición para saciar a Jesús que aún tiene sed de amor y de almas.